Cuando te hablan sobre los proyectos que quieres emprender y el tiempo que llevas planeándolos, las personas que quieres involucrar y el orgullo que quieres producir en tus padres, que son los constructores principales de tu realidad, sumado a tus esfuerzos; esperas que el momento en que ocurren las cosas sea el preciso para que todo se dé y logres llevar acabo tu proyecto de la mejor forma.

Este, es el pensamiento de muchos jóvenes, muchas personas que, como yo, decidimos crear realidades que son complejas de forjar pero que no son imposibles, si se tiene el apoyo necesario y las ganas suficientes de lograrlo.

Un año atrás, cuando comencé a idear este proyecto, tenía en mente las ganas de salir a conocer algo nuevo, de cambiar la forma en que veía el mundo y permitirme valorar más lo que tenía en casa, y que aquellos que me esperaban aprendieran también sobre mí y mi valor. Pasando el tiempo impulsé a subir a esta intrigante travesía a la persona más importante de mi vida, que viviera como yo una experiencia diferente para contar y que se construyera un trayecto de nuevos retos y aprendizajes.

Y es justo así, lo que hoy, luego de tanto esfuerzo en las noches por cumplir con los trabajos a pesar del paro en la universidad, de complicaciones por buscar lo necesario en cuanto a los requisitos para salir del país y, sobre todo, luego de un año de soñarlo, logré tomar el vuelo que me llevaría al destino más complejo que he enfrentado hasta el momento.

Tenemos la idea de que todo es perfecto, que las llegadas serán simplemente salir del aeropuerto y comenzar una vida de ensueño, y no, la realidad que enfrenté, fue completamente diferente, tuve que esperar 24 horas despierta desde que salí de mi casa hasta que encontré, no un lugar seguro, pero sí el único lugar al que podía ir cuando llegué a una ciudad y país completamente nuevo para mí.

Llegas y te invade el sentimiento por haberlo logrado, la valentía que has tenido y la que debes construir para estar tan lejos de tu zona de confort, tu familia, tus amigos y aunque parezca raro, sí, también tu universidad; por eso, también te invade el miedo, ves calles nuevas, nombres extraños, la gente es diferente y en ocasiones no entiendes lo que dicen, o al revés. Y piensas que está bien porque era lo que querías, algo nuevo, diferente y en el fondo, desconocido.

Los primeros días, por lo menos en mi caso, fueron muy difíciles, tuve que cambiar el lugar en el que se supone viviría porque la gente a veces no es tan amable y cálida como aparenta, o como esperaríamos que fueran, pues dicen que los colombianos tenemos una energía muy agradable y que nos caracteriza la amabilidad, a veces pareciera que son cosas que se dicen para que nos sintamos bien con nosotros, pero cuánta razón tienen cuando lo afirman, ahora, lo entiendo completamente.

Llegar a la universidad que sería mía por un semestre, es todo un reto, se supone que están los encargados de relaciones internacionales para darte su apoyo y comprensión, pero nuevamente, algo en lo que eres o haces no puede ser siempre tan agradable para los demás, en mi caso fue tener que cambiarme de casa el inconveniente, pero así pasó. Por lo demás, eres un estudiante de primer semestre de nuevo, no sabes cómo funcionan las cosas, ni donde queda la cafetería, el campus es diferente y extrañas ver la gente libre haciendo música en una escalera, o el cafetín lleno, saludar con confianza a los profesores de tu escuela.

Las personas que te rodean están tan expectantes como tú, cuentan lo que han visto y hecho desde que arribaron, y pues yo, que llegué de primeras, no sabía si era necesario realmente contrastar el cálido recibimiento con respecto al mío, que se centró en el clima de la ciudad.

Ya comienzan las clases formalmente luego de una semana bastante difícil, cuando asumí que todo lo malo había pasado finalmente. Solo era una clase ese día, era en la noche, así que estaba bien, entré al salón y la experiencia de no conocer a nadie es complicada hasta para entender los comentarios de los profesores, pero no esta mal, solo es diferente.

Y al llegar, encuentro un correo que dice que mis clases se suspenderán por 15 días, y pienso: ¡Lo que me faltaba! No es que no supiera sobre la situación de la pandemia, pero como todo, guardaba la esperanza colectiva de “Son cosas que le pasan a los demás, no a mí”.

Y bueno, encerrarte en una casa con gente que no conoces, en un país que no es el tuyo y queriendo salir y ver qué hay afuera, ver los lugares de las fotos de Instagram y tomar las tuyas, probar sabores nuevos y aprender de otras culturas, no es el panorama que encuentras en las cuatro paredes que te corresponden. ¿Volver? No, no es una opción, estas aquí porque debías vivirlo en este lugar y no en otro, aunque la universidad que te recibe sea partidaria de que vuelvas con los tuyos, qué hay del esfuerzo que imprimiste, y que tus padres y profesores también, imprimieron para que estuvieras donde estás, tal vez sí es difícil estar lejos, pero la exposición es más grande en un aeropuerto y más con vuelos cancelados y reprogramados de momento, no vale tanta exposición para simplemente darte por vencido.

Por el apoyo y la situación de enfrentarlo sola, lo que sí debo decir es que el internet se ha vuelto mi mejor aliado, estoy en constante comunicación con mi familia y mi mejor amigo, quién está atravesando esto en México; mis papás aún apoyan mis decisiones incluso si implican quedarme aquí porque saben que es la mejor opción. Y él, cumpliendo con su tarea diaria de acompañarnos, apoyarnos y seguir con este camino tan inestable que nos correspondió vivir.

Este es panorama que se vive en cuando enfrentas un proyecto personal con una dificultad que es más grande que cualquier cosa. Y aguardas con esperanza que la situación simplemente cambie, para por fin vivir la experiencia como tanto la habías planeado.